

Agatha Christie®

DIEZ NEGRITOS



Uno de los diez libros
MÁS VENDIDOS
de todos los tiempos

100
AÑOS

DE HISTORIAS DE
AGATHA CHRISTIE



booket

Agatha Christie

Diez negritos

Traducción: Orestes Llorens

Capítulo primero

Confortablemente instalado en la esquina de un compartimiento de primera clase, el juez Wargrave, jubilado hacía poco, echaba bocanadas de humo de su cigarro, recorriendo además con mirada sagaz las noticias políticas del *Times*.

De pronto puso el diario sobre el asiento y echó un vistazo por la ventanilla. En este momento el tren pasaba por el condado de Somerset. El juez consultó su reloj: todavía le quedaban dos horas de viaje.

Entonces recordó los artículos publicados en la prensa sobre el asunto de la isla del Negro. Desde luego se había hablado de un millonario estadounidense, loco por las cosas del mar, que había ocupado esta pequeña isla y había construido en ella una lujosa residencia moderna. Desgraciadamente, la tercera esposa de este rico hombre no tenía gustos marinos y por ello la isla, con su espléndida mansión, fueron puestos en venta. Una formidable publicidad apareció en los periódicos, y un buen día se supo que la isla había sido adquirida por un tal mister Owen.

Las habladurías más fantásticas no tardaron en circular por la prensa londinense. La isla del Negro, decíase, había sido adquirida realmente por miss Gabrielle Turl. La famosa estrella de Hollywood deseaba descansar algunos meses, lejos de los reporteros indiscretos. *La Abeja Laboriosa* insinuaba delicadamente que aquélla era una morada digna de una reina. *Merry Weather* deslizó que la isla había sido comprada por una pareja deseosa de pasar allí su luna de miel. Hasta se rumoreaba el nombre del joven lord L..., alcanzado por las flechas de Cupido. *Jonas* afirmaba que la isla del Negro había caído en manos del Almirantazgo británico que quería dedicarla a muy secretas experiencias.

En una palabra, la isla del Negro fue, en aquella temporada, una maná para los periodistas faltos de información.

El juez sacó de su bolsillo una carta cuya escritura era, por así decirlo, ilegible; pero, aun desperdigadas las palabras, se destacaban unas más que otras con cierta claridad.

Mi querido Lawrence... después de tantos años de haberme dejado sin noticias... Venga a la isla del Negro... un sitio verdaderamente encantador... tantas cosas tenemos para contarnos... del tiempo pasado... en comunión con la naturaleza... tostarse al sol... a las 12 y 40 salida de Paddington... a

Y la carta terminaba así:
Siempre suya,

Constance Culmington

Una gran rúbrica adornaba la firma.

El juez Wargrave intentó recordar la fecha exacta de su último encuentro con lady Constance Culmington; debía de remontarse a siete u ocho años atrás. La joven se volvía a Italia para tostarse al sol, comulgar con la naturaleza y los *contadini*. Más tarde se dijo que había proseguido su viaje hasta Siria, donde quizá se prometió tostarse bajo un sol más ardiente todavía y «comunicarse» con la naturaleza y los beduinos.

Constance Culmington, pensaba el magistrado, era una mujer capaz de comprarse una isla y rodearse de misterio. Aprobando con una inclinación de cabeza la lógica de su argumentación, el juez Wargrave se dejó mecer por el movimiento del tren.

Y se adormeció.

Vera Claythorne, sentada en un vagón de tercera clase en compañía de otros viajeros, cerraba los ojos, recostada hacia atrás su cabeza. ¡Qué calor más sofocante hacía dentro de aquel tren!..., ¡qué bien se estaría a orillas del mar! Encontrar aquel trabajo había sido una verdadera suerte. Cuando solicitas un empleo para los meses de vacaciones siempre te encargan la vigilancia de niños... las plazas de secretaria, en esta época, se presentan muy de tarde en tarde. La oficina de colocaciones no le dio sino una ligera esperanza.

Al fin la esperada carta había llegado:

La agencia para colocaciones profesionales me propone su nombre y me la recomienda calurosamente. Creo entender que la directora la conoce personalmente. Estoy dispuesta a concederle los honorarios propuestos por usted y cuento con que podrá entrar en funciones el día 8 de agosto. Tome el tren

de las 12 y 40 en Paddington y se la irá a recibir a la estación de Oakbridge. Adjunto un billete de cinco libras para sus gastos de viaje.

Sinceramente suya,

Una Nancy Owen

En la cabecera de esta carta consignábase la dirección:

Isla del Negro, Sticklehaven (Devon)

¡La isla del Negro! ¡Y tanto como se habían ocupado de ella los periódicos! Toda suerte de insinuaciones y de rumores extraños circulaban motivados por este pedazo de tierra rodeada de agua. Sin duda no habría nada de verdad en ellos. De todas maneras, la casa, construida por encargo de un millonario estadounidense, sería, al parecer, el último grito del lujo y del confort.

Miss Vera Claythorne, fatigada por su último trimestre de clases, pensaba:

«La situación del profesor de cultura física es una escuela de tercer orden no es muy brillante... Si por lo menos pudiese hallar un empleo en un establecimiento mejor...».

Luego, con el corazón oprimido, pensó:

«Yo debo considerarme dichosa... La gente, por lo regular, no quiere tener en sus casas a una persona que ha sido procesada..., aunque luego quedase absuelta».

Hasta el fiscal la había cumplimentado por su presencia de ánimo y su serenidad. En suma, el juicio le fue favorable del todo. Mistress Hamilton habíale testimoniado su gran bondad; solamente Hugo... Pero ella no quería pensar en Hugo.

De súbito, a pesar del calor sofocante del compartimiento, se estremeció y deseó encontrarse a orillas del mar. Un cuadro se dibujaba con toda claridad en su espíritu. *Veía la cabeza de Cyril subir y bajar de la superficie del agua y dirigirse hacia las rocas.* La cabeza subía y bajaba..., aparecía y sumergíase... y ella misma, Vera, nadadora experta, se reprochaba por eso, al hendir fácilmente las olas, aunque persuadida de que llegaría... demasiado tarde ...

El mar..., sus aguas profundas, calientes y azuladas..., las mañanas pasadas tendidos sobre la arena... Hugo..., Hugo... ¿quién había dicho que la amaba?

Era preciso no pensar más en Hugo...

Abriendo los ojos, miró desabridamente al viajero sentado frente a ella, un hombrón de cara bronceada, ojos claros y boca arrogante, casi cruel.

«Yo apostaría a que este hombre ha recorrido el mundo y visto cosas sumamente interesantes.»

Philip Lombard, juzgando con una sola ojeada a la joven sentada frente a él, pensó:

«Encantadora..., quizá con demasiado aspecto de institutriz...».

Una mujer con la cabeza erguida, se dijo, es una mujer capaz de defenderse... tanto en el amor como en la guerra. Procuraría conducirse bien.

Puso el ceño adusto. No, inútil pensar en cuchufletas. Los negocios ante todo. Le era preciso concentrar todas sus energías en su trabajo.

¿De qué se preocupaba, en resumen? Aquel pequeño judío se había mostrado excesivamente misterioso.

—Hay que tomarlo o dejarlo, capitán Lombard.

—Cien guineas, ¿eh? —le había dicho entonces con gesto indiferente, como si cien guineas no significasen nada para él. ¡Cien guineas, ahora que no contaba con recursos! Adivinó, sin embargo, que el pequeño judío no era cándido; el fastidio con los judíos es precisamente nuestra impotencia para engañarlos en materia de dinero... Parecen leer nuestros pensamientos.

Le había pedido bien claramente:

—¿No puede usted proporcionarme unos informes más amplios?

Míster Isaac Morris había sacudido con energía su pequeña cabeza calva.

—No, capitán Lombard, las cosas están así. Para mi cliente, usted es una buena persona, acorralada en un callejón sin salida. Estoy autorizado a entregarle la suma de cien guineas y, en reciprocidad, usted debe ir a Sticklehaven, en Devon. La estación más próxima es Oakbridge; desde ella será usted conducido en automóvil hasta Sticklehaven y luego una motora le llevará a la isla del Negro. Una vez allí, usted se pondrá a la disposición de mi cliente.

Lombard había preguntado bruscamente:

—¿Por mucho tiempo?

—Una semana a lo más.

Atusándose su corto bigote, el capitán Lombard observó:
—Está bien entendido que no exigirá de mí ningún trabajo ilegal, ¿no es cierto?

Al pronunciar estas palabras, Lombard lanzó una rápida mirada a su interlocutor. Una ligera sonrisa había aflorado a los labios carnosos del pequeño israelita y respondió seriamente:

—Con toda seguridad; si se le pidiera alguna cosa ilegal, queda en completa libertad para retirarse.

¡Que se fuera al cuerno este judío meloso!

Había sonreído. A buen seguro sabía que en el pasado del capitán Lombard no todos los actos habían revestido caracteres de legalidad.

Los labios de Lombard se entreabrieron como en una mueca.

¡En una o en dos ocasiones le faltó poco para dejarse ahorcar, pero siempre se había librado! ¿Para qué, pues, atormentarse por anticipado? Contaba con darse buena vida en la isla del Negro.

En un compartimiento de no fumadores, miss Emily Brent permanecía sentada, erguido el busto, según su costumbre. Aunque tenía sesenta y cinco años, reprobaba todo abandono. Su padre, coronel de la antigua escuela, siempre había mostrado acicalado y meticuloso en su atuendo.

La generación actual alardeaba de un vergonzoso relajamiento tanto en las actitudes como en las demás cosas.

Rodeada de una aureola de honestidad y de rígidos principios, miss Brent, en aquel vagón de tercera clase, abarrotado de viajeros, triunfaba sobre la falta de confort y del calor. En estos tiempos las gentes ven obstáculos por todas partes. Piden una inyección antes de dejarse arrancar una muela... se toman un soporífero si el sueño no llega... se arrellanan en las butacas entre los cojines... y las muchachas, medio desnudas, se exhiben en las playas durante el verano.

Miss Brent, con los labios fruncidos, hubiera querido dar una lección a ciertas gentes.

Recordaba sus vacaciones del año anterior. Este año sería diferente. La isla del Negro...

En su imaginación releía una vez más la carta tan frecuentemente recorrida y que ya se sabía de memoria:

Querida miss Brent:

Quiero creer que se acordará de mí. Hace algunos años pasamos juntas el mes de agosto en una pensión familiar en Bellhaven... ¡Y nos descubrimos tantos gustos comunes!

En este momento tengo en marcha el proyecto de establecer una pensión parecida en una isla frente a la costa del Devon. Siempre he pensado que para alcanzar el éxito en esta clase de empresas era preciso una cocina sencilla, pero excelente, y la presencia de una persona amable, de la vieja escuela. ¡Nada de desnudeces y gramófonos a medianoche! Yo estaría encantada si quisiera hacer sus preparativos para venir a pasar estas vacaciones de verano en la isla del Negro, sin gasto alguno, tan sólo a título de invitada. ¿A principios de agosto, le convendría?... ¿Y si fijásemos el día 8?

Con mis mejores recuerdos, sinceramente suya,

U. N. O.

¿Qué nombre sería éste? La firma aparecía casi ilegible, Emily Brent tenía poca paciencia y se hizo esta observación:

«¡Tanta gente firma tan mal con su nombre que no hay medio de descifrarlo...!».

Y pensando esto, pasó revista a los huéspedes de Bellhaven, donde hacía más de dos años había pasado el verano... Había una gentil mujer, de edad madura, señora... señora... veamos, ¿cómo se llamaba?... Era hija de un canónigo, y después aquella miss Olton... Ormen... no; decididamente se llamaba Oliver. Sí, sí, estaba bien segura; miss Oliver.

¡La isla del Negro! Se había hablado mucho en los periódicos... a propósito de una actriz de cine..., ¿o tal vez de un millonario estadounidense? Total: una isla no cuesta un ojo de la cara y tampoco es del gusto de todos.

La idea de habitar una isla parece muy romántica, pero una vez instalados en ella no se tarda en comprobar los disgustos y uno se siente dichoso al poder desembarazarse.

A manera de conclusión, Emily Brent pensó:

«Sea como fuere, este año mis vacaciones no me costarán nada».

Sus rentas se reducían más y más cada día y una buena parte de sus dividendos persistían impagados, por eso apreció su

buena suerte. ¡Si su memoria le permitiera recordar solamente un poco mejor a mistress... o miss (no podía precisarlo) Oliver!

El general MacArthur se asomó a la ventanilla de su compartimiento. Estaban llegando a Exeter, donde el bravo general debía cambiar de tren. ¡Esos trenes de líneas secundarias avanzan con una lentitud más propia de caracoles! ¡Y pensar que, a vuelo de pájaro, la isla del Negro estaba tan cerca!

No sabía de fijo quién era el llamado Owen... según parecía, un amigo de Spooft Leggard y de Johnnie Dyer...

Uno o dos de sus viejos camaradas serán de los nuestros... se sentirán encantados de charlar con usted de los tiempos pasados...

A fe que no deseaba cosa mejor que evocar el pasado en alegre compañía.

En estos últimos tiempos se había imaginado que sus amigos le ponían en cuarentena. ¡Todo eso a causa de su estúpido malhumor! ¡Dios mío! La píldora era dura de tragar... aquello se remontaba a más de treinta años.

Armitage no había sabido contener su lengua. ¿Qué sabía aquel charlatán? ¿Por qué alborotar tanto? Uno se figura un montón de cosas y se imagina que los otros le miran de reojo.

Después de todo le agradecería ver aquella isla del Negro de la que tanto se habló en las crónicas periodísticas. Seguramente algo habría de verdad en el ruido que se produjo, según el cual el Almirantazgo, el ministerio de Guerra o la Aviación tomaron posesión de ella.

El joven Elmer Robson, el millonario estadounidense, había construido efectivamente una magnífica morada que hubo de costarle unos miles de libras esterlinas. Un lujo difícil de imaginar.

¡Exeter! ¡Una hora de parada! Impaciente, el general MacArthur hubiera querido continuar.

El doctor Armstrong conducía su coche a través de la llanura de Salisbury. Sentíase fatigado... La gloria se paga. Un tiempo hubo en que tranquilamente sentado en un gabinete de consulta de Harley Street, correctamente vestido, rodeado de los más modernos aparatos y los muebles más lujosos, esperaba... esperaba a lo largo de las horas el éxito o el fracaso de un esfuerzo.

¡Pero ya había triunfado! ¡La suerte le había sonreído! La suer-

te, secundada por su saber, vale decirlo. Conocía admirablemente su oficio... pero esto no era siempre suficiente para triunfar. Era preciso también el factor suerte. ¡Y éste llegó! Un diagnóstico exacto y la gratitud de las pacientes, dos ricas damas de la mejor sociedad... crearon su reputación.

—Debéis ir a consultar al doctor Armstrong, un joven médico, pero sumamente inteligente y hábil. Pam ha sido visitada por toda clase de médicos durante dos años y sólo él vio inmediatamente la causa de su mal.

Y así había empezado la bola de nieve.

Actualmente el doctor Armstrong era el médico de moda. No tenía un minuto para él. Todos sus días estaban ocupados. Así, en esta deliciosa mañana de agosto, se divertía dejando Londres para ir a pasar algunos días en una isla situada en la ribera del Devon.

No eran exactamente unas vacaciones. La carta que recibió estaba redactada en términos excesivamente vagos, pero nada de vago tenía el cheque que la acompañaba. ¡Unos honorarios fabulosos! Decididamente esos Owen nadaban en oro. El marido, al parecer, se atormentaba a causa de la salud de su esposa y quería saber a qué atenerse respecto a la naturaleza de la enfermedad sin que mistress Owen concibiese ninguna alarma. Ella rehusaba ser visitada por un médico... Sus nervios...

¡Los nervios! El médico levantó las cejas. ¡Las mujeres y sus nervios! Al fin y al cabo, desde el punto de vista comercial, él cometería una tontería si las compadeciera. La mitad de las mujeres que iban a consultarle no sufrían otra enfermedad que el aburrimiento..., ¡pero cómo decírselo! Se puede siempre achacar a cualquier otra cosa.

Un estado ligeramente anormal, debido a (aquí una larga palabra científica), nada de importancia, pero es preciso remediarlo. Un tratamiento de los más sencillos.

En medicina, lo corriente es que la fe salva. Y el doctor Armstrong conocía el mejor sistema: inspiraba confianza y esperanza.

Tras un toque estridente de claxon, un enorme Super Sports Daimler le adelantó a una velocidad de ciento treinta por hora. Le faltó poco al doctor Armstrong para no ser lanzado a la cuneta... uno de esos jóvenes imbéciles que devoran el camino. El médico no podía sufrírselos... Malditos idiotas...

Tony Marston, pasando como una tromba por el pueblecito de Mere, pensaba:

«¡Es espantoso el número de bañistas que se arrastran por los caminos e impiden avanzar! ¡Es el colmo que circulen por el cen-

tro de la calzada! ¡Así se hace imposible conducir un coche en Inglaterra! ¡En Francia sí es donde realmente se puede correr a gran velocidad!»

¿Sería preciso detenerse allí para tomar un refresco, o continuaría el camino? Tenía aún mucho tiempo y sólo le faltaba por recorrer un centenar de kilómetros. Pediría una ginebra y una gaseosa... ¡Qué calor más sofocante!

Iría a divertirse en aquella isla, si persistía el buen tiempo. Pero, ¿quiénes serían esos Owen?, se preguntaba Tony Marston. ¡Probablemente unos infectos nuevos ricos! ¡Con tal que tuvieran una buena bodega! Nada es seguro en las casas de esos ricos improvisados. Lástima que estos rumores concernientes a la compra de la isla por Gabrielle Turl no tuviesen fundamento. Era preferible unirse a los adoradores de la hermosa artista. Quizá también se encontrarían algunas lindas muchachas entre los invitados de los Owen.

Salió del hotel, estiró las piernas, los brazos, bostezó, contempló el cielo azul y subió de nuevo en su Daimler.

Varias muchachas le observaban. Su alta estatura (un metro ochenta), sus cabellos rizados, su cara bronceada y sus ojos de un azul intenso, suscitaban la admiración.

Se apoyó sobre la palanca, rugió el motor y el auto trepó de un brinco la estrecha calleja. Las viejas mujeres y los chicos de la escuela se apartaban a su paso como medida de precaución y los pilluelos, subyugados, se desviaban del camino para seguir con los ojos el soberbio coche.

Anthony Marston continuaba su marcha triunfal.

Míster Blore viajaba en el tren tranvía que venía de Plymouth. En su compartimiento tan sólo se encontraba otra persona, un señor viejo con trazas de marino y ojos legañosos. En ese momento dormía.

Míster Blore escribía con cuidado en un pequeño cuaderno de notas.

—Esta vez mi lista está completa: Emily Brent, Vera Claythorne, doctor Armstrong, Anthony Marston, el viejo juez Wargrave, Philip Lombard y el general MacArthur, orden de San Miguel y de San Jorge y Cruz de servicios distinguidos. El criado y su mujer: míster y mistress Rogers.

Cerró su carnet y lo guardó en un bolsillo. Echó una mirada hacia el rincón donde dormía su compañero de viaje.

«Contaba uno de más», dijo muy bajo.

Reflexionó un instante y terminó:

«El trabajo será de los más fáciles. No hay modo de equivocarse. Confío que mi aspecto no deja nada que desear».

Se levantó y examinóse meticulosamente en el espejo del compartimiento. La imagen reflejada presentaba un aspecto militar. Había cierta expresión dura en su cara de ojos grises y labios adornados con un corto bigote.

—¡Palabra! Se me tomaría por un comandante —observó mister Blore—. ¡Ah, no!, olvidaba al general. Aquel viejo desperdicio no tardaría en desmascaramme.

»África del Sur —siguió monologando mister Blore—. Ésta, ésta es mi salvación. Ninguna de esas personas ha estado en África del Sur, y como yo acabo de leer estos prospectos de viaje, podré hablar del país con conocimiento de causa.

La isla del Negro. Recordaba haber estado allí durante su infancia. Una especie de rocas nauseabundas, frecuentadas por las gaviotas, a mil quinientos metros de la costa. Esta isla debía su nombre a su parecido con una cabeza de hombre... con el perfil de un negro.

¡Graciosa idea de edificar allí una casa! Es horrible vivir en un islote cuando sopla el temporal. ¡Pero los millonarios son tan caprichosos!

El viejo del rincón se despertó diciendo:

—En el mar nada se puede prever nunca..., ¡nunca!

A manera de consuelo replicó mister Blore:

—Exacto. No se sabe jamás qué nos espera.

Sacudido por el hipo, el viejo continuó, con voz lastimera:

—Viene tormenta.

Mister Blore respondió:

—No, no, amigo. Hace un tiempo espléndido.

El viejo se enfadó.

—Le digo que la tormenta está en el aire. La percibo.

—Quizá tenga razón —le dijo mister Blore pacíficamente.

El tren se detuvo en una estación y el viejo se levantó pensativamente.

—Yo bajo aquí.

Sacudió la portezuela para abrirla. Mister Blore acudió en su ayuda.

Antes de bajar al andén, el viejo levantó una mano con gesto solemne y guiñó los ojos.

—¡Velad y orad! —conjuró—. ¡Velad y orad! ¡El día del Juicio se aproxima!

Llegado, por fin, al andén, se enderezó, levantó los ojos hacia míster Blore y le dijo con acento digno y severo:

—Es a usted a quien me dirijo, joven. El día del Juicio está muy cercano.

Arrinconado en la esquina de su compartimiento, míster Blore pensó en lo mismo:

«Es cierto; pero él está más cerca que yo del día del Juicio». Pero míster Blore se equivocó...